

Recordar, compartir, aprender

## Santa Cruz de Tenerife

Manuel González Melián, 80 años

Daura Vera Hernández, 24 años

### NADA A MEDIAS

*Manolo es pura vida, de esa que se va gastando muy poco a poco, como en un buen reloj de orfebre, cuya carcasa resiste el paso del tiempo que él mismo marca y sólo hay que cambiarle la pila alguna vez. Sorprende encontrarse con un ser humano de ocho decenas, cuatro hijos y siete nietos tan lleno de energía... Y ha vivido, ¡vaya que si ha vivido! Con tan sólo ocho años fue testigo de la llegada de la guerra civil, que tanto daño hizo y tanta pobreza trajo. Pero ésa no es la historia de Manolo, es sólo parte del principio de las piezas que componen su existencia.*

A su padre siempre lo ha tenido presente, su modelo a seguir. Tenía su propia empresa, por la que ganaba un duro por hora trabajada, por ello vivía afanado largas jornadas, y nunca pudo llevar a casa unas vacaciones para sus hijos. Entonces todo era diferente, como que fuera republicano teniendo un cuñado como jefe de la Falange era posible, todo y nada era posible.

Pero esos recuerdos fueron prestados a su mente infante, que creció en Las Palmas de Gran Canaria. Desde aquellos primeros años, Manolo supo cómo ganarse sus perritas. Sus negocios iban desde juguetes para vender, a figuras de nacimiento en Navidad. Costaba el agua una peseta cuando él era cargador, aún de niño. Su espíritu desinquieto le dijo que lo suyo no era estudiar, lo dejó con 14 años, pero desde entonces no paró hasta los 72, cuando inició su júbilo de tercera juventud, como él mismo la llama divertido.

Siguiendo su trazo, se encontró viviendo en Tenerife, donde realizó el servicio militar a sus 21 años, por 1949, cuando se pagaba a cinco pesetas la hora. Sin saberlo, vino para quedarse y fue tallando su vida poco a poco, con mucho esmero y dedicación, como una obra de arte ebanista. Así fue que, siguiendo en su corazón a su padre, creó su propio taller de carpintería en La Laguna.

Entonces Manolo se convirtió en artesano. Trabajó muy duro durante veinticinco años en su propio taller en Santa Cruz, en el barrio de la Salud. Recuerda con entusiasmo que también fue profesor del INEM de carpintería y ebanistería durante cuatro meses. Pero también pasó por los gajes de la profesión, prueba de ello fue el corte que sufrió en su mano derecha cuando participó en la decoración de los conocidos gimnasios En Forma.

Cicatrices como esas marcan para toda la vida... Pero peores cicatrices ha tenido que curar más allá de los achaques de la edad este hombre de corazón barnizado, como la separación de su primera esposa. Reconoce que ha sido un hombre duro, porque nada le llegó regalado. Fue exigente con todo, sus hijos se lo recuerdan. Pero esa entrega constante a la vida fue para obtener de ella lo mejor, y lo mismo quiso siempre para ellos.

A través del turquesa acuoso de sus ojos la vida ahora le parece un obsequio, un juego lleno de color, viajes y baile, como el que celebra todas las semanas en su centro de mayores. Este pícaro de piel de madera endulza los oídos de sus compañeras de danza. No obstante, para él sólo hay una, que es como una amiga y una madre, su actual compañera, María, a la que adora.

Todo lo que tiene lo da, pero la vida le ha enseñado a no esperar nada a cambio. Será por eso que a veces siente cierta falta de cariño familiar o no entiende el mal que otros le quieran causar por ser como es. Las etapas de su vida, como los anillos de un árbol van de 25 en 25. Esos son los años que también ha dedicado al centro de mayores en el que tanto ha colaborado y por lo que ahora será nombrado presidente en otro recinto equivalente.

